

Criterios tácticos y operativos

(Comprobación histórica)

Por el Teniente Coronel Milton Delfin Cataldi, del Ejército de Bolivia (en retiro temporal), Oficial de E. M. (diplomado en Bolivia y EE. UU.).

ADVERTENCIA

El presente trabajo consiste en un sintético análisis de ciertos aspectos de la teoría de guerra, ilustrado adecuadamente a la luz de ejemplos históricos acertadamente seleccionados. Constituye un adecuado complemento con respecto a diversas obras ya publicadas por nuestra Biblioteca del Oficial, especialmente en sus referencias a las campañas modernas (I. y II. Guerra Mundial).

Merece destacarse el breve juicio que el autor emite sobre el verdadero alcance y estabilidad del "Plan de Operaciones", en relación con las derivaciones imprevistas de la batalla y la necesidad de su adaptación a las nuevas circunstancias, sin perder de vista la concepción operativa original, mientras ella encuentre aún posibilidades de realización.

A través de su desarrollo se pone en evidencia la sólida preparación profesional del autor y su dominio del tema tratado.

LA DIRECCION.

LA MANIOBRA:

De los tiempos antiguos a los modernos —respecto a principios y normas que orientan la maniobra— algunos criterios tácticos y operativos se han venido manifestando reiteradamente, ya decidiendo o contribuyendo al éxito cuando fueron observados, o determinando el fracaso si fueron omitidos.

Otros sistemas y procedimientos cayeron en desuso, en razón a la permanente evolución de los medios de lucha. Sin embargo,

algunos de éstos retornaron a ser de actualidad, cuando las condiciones y modalidades de la maniobra —influencia de los nuevos medios— hacían de nuevo posible su ejecución.

En todo caso, los factores del éxito, aquellas “grandes condiciones”, a decir de Schlieffen, permanecen aún inalterables.

I. — DISPOSITIVO: Despliegue. - Economía de fuerzas. - Masa. - El frente y los flancos. - Articulación del sistema. - Potencia y germen de la maniobra.

En Cannas (216 a. C.) Aníbal mantuvo débil su centro, procurando la necesaria economía de fuerzas, que había de permitirle llevar el centro de gravedad a sus alas. Existiendo flancos libres para maniobrar, la masa y reservas no tenían razón de gravitar sobre el frente.

Este dispositivo, considerado históricamente como “modelo” de despliegue y repartición de fuerzas, **lleva en potencia el germen de la maniobra**, acusando los trazos generales de ésta y la gravitación de los medios que por la combinación de direcciones y esfuerzos había de permitir golpear con manifiesta **superioridad local**, las **partes más sensibles** del dispositivo romano.

En 1805 para la Marcha al Danubio y Batalla de Ulm, Napoleón, por el dispositivo, la maniobra y las combinaciones de apresto al N. del Danubio, pudo derrotar a Mack, sin que precisamente esta victoria hubiera sido el resultado de la batalla misma.

El movimiento de 1806 para la Batalla de Jena, de un **escalonamiento profundo** en el llamado “Cuadro de Batallón” (160.000 hombres en este dispositivo), acusa un ordenamiento flexible, que **llevaba en sí mismo** —por la articulación— la necesaria **seguridad del sistema**: En un frente de 160 Kms. y de una profundidad aproximadamente igual, gravitando sobre las comunicaciones del adversario, la articulación estaba predispuesta para empeñar en cualquier momento una fuerza superior hacia la izquierda o hacia adelante.

Este procedimiento, adaptado a los modernos medios de transporte (Motorización - Mecanización) que imprimieron a la maniobra límites insospechados de velocidad, lo vemos actualizado por los alemanes en sus avances sobre Polonia y Francia (1939-40) donde

los Grupos de fuerzas del esfuerzo principal, adoptaron también el "Cuadro de Batallón" o el "Rombo" napoleónicos.

El **centro de gravedad** del dispositivo generalmente está constituido por la masa, aunque ésta no ha de significar necesariamente concentración de fuerzas y medios en un punto o área determinada. Muchas veces el centro de gravedad o esfuerzo principal resulta del movimiento, del rápido desplazamiento de reservas pre-dispuestas —en razón al tiempo, espacio y movilidad— particularmente en las operaciones del futuro, condicionadas a varias exigencias y donde la **dispersión** ha de ser imprescindible a los límites de acción de las armas. Sin embargo, se buscará siempre formar la masa, adoptando las necesarias previsiones de seguridad allí donde se ha de buscar la decisión o crear las condiciones para ésta.

En la 2ª Guerra Mundial, todavía pudo verse dispositivos en que la masa era reconocible por la simple repartición de fuerzas. Así ocurrió en el despliegue germano para la invasión de Polonia y Francia antes citadas; por entonces aún la bomba atómica no era una realidad y a pesar de los modernos medios de información, el mando continuó usando el conocido sistema en la distribución de medios, fiando en la sorpresa, más por la velocidad que por el velo y engaño.

Las necesidades de la lucha moderna, probablemente impondrán una más seria consideración de la economía de fuerzas, dado el poder destructivo de los nuevos medios y las limitaciones o servidumbres para articular la masa y en general el despliegue estratégico, operativo o táctico.

II. — CONDICIONES DE SEGURIDAD Y RIESGO. — La sorpresa.

Sorprender casi siempre entraña un riesgo, algunas veces inevitable pero sí previsible, para al menos considerar las eventualidades. Aníbal aceptó el riesgo y con un relativo sentido de seguridad, ésta iba confiada a su audaz dispositivo de ataque; no menos se puede decir de Napoleón, de Luddendorf en Tannenberg, de v. Rundstedt en Las Ardenas o de Patton en su avance al Rhin.

Empero, quien demostró últimamente el salto veloz del león junto a los astutos recursos del zorro, fue indudablemente Rommel;

la sorpresa aplicada con propio riesgo, fue el secreto de sus extraordinarios éxitos en Africa del Norte.

Sin embargo, en la realidad, quizás el riesgo resulta neutralizado por el **efecto psicológico de la misma sorpresa**, que casi siempre ha dado frutos aún inesperados o trocado una derrota en victoria, con medios y en situaciones de inferioridad manifiesta.

Casi todas las doctrinas consideran la **Seguridad** y la **Sorpresa**, elevadas al rango de principios (la una resulta anverso de la otra). Empero, cada escuela las valora de distinta manera: Los franceses, cuando Foch y aún posteriormente, exageraron el concepto de la seguridad, hasta llegar a un metodismo que había de traducirse en una conducción vacilante, que a pesar de estimar el indiscutido valor de la sorpresa, mellaba a ésta en sus cualidades intrínsecas, circunstancia que motivó fuertes críticas en el seno mismo del ejército francés. Los alemanes, por el contrario, asimilaron la doctrina napoleónica y como lo evidenciaron en la última contienda —sin referir a lo estratégico y desenlace de ésta— dieron **prioridad a sus propias intenciones**, respecto de la ulterior o previsible reacción del adversario, consecuentemente con un sentido menos absoluto de la seguridad propia.

Con esto no se quiere significar que la seguridad —que es un principio— ha de omitirse o vulnerarse sustancialmente, lo que sería sinónimo de imprevisión; aquello que ha de considerarse es que, si la sorpresa está condicionada a un **riesgo calculado** con un mínimo de seguridad, habrá que aceptarlo o no decidir la empresa. En resumen, habrá que definirse con aquel mínimo de seguridad, si el objetivo perseguido puede lograrse con mayores posibilidades de éxito.

La sorpresa siempre es de valor **absoluto**, su aplicación debe buscar paralizar al adversario por el golpe fulminante allí donde menos espere o en la oportunidad menos prevista; por la eliminación previa o neutralización de los medios, recursos o fuerzas, que en el preciso momento pueda disponer; por el pánico y desconcierto que ha de provocar, impidiendo al enemigo atinar medidas que no fueran erróneas. Una sorpresa a medias no podrá ofrecer resulta-

dos positivos ni permitir alcanzar los objetivos —al menos previos— que se hayan propuesto.

III. — FACTORES: Tiempo y Espacio. - Velocidad, Movilidad, Maniobrabilidad, Flexibilidad y Elasticidad. - El terreno y los obstáculos.

El ámbito en que ha de desarrollarse la maniobra, estará siempre determinado por los factores **Tiempo y Espacio**; constantes, pero de permanente relatividad respecto a su magnitud, condicionada a la evolución de los medios. Esta evolución ha de traducirse en **Velocidad**, resultado a su vez de la **Movilidad**, cuyas características permitirán un determinado grado de **Flexibilidad (1)** y **Maniobrabilidad**.

Para los medios terrestres, la velocidad estará siempre influida por la superficie y los obstáculos naturales o artificiales, verdaderas servidumbres para la maniobra. Explotados favorablemente, estos obstáculos, sirven para cerrar el paso o entrapar a las fuerzas adversarias en las operaciones tácticas y estratégicas. Así pudo evidenciarse desde la antigüedad a la 2ª Guerra Mundial (en la operación que culminó en Dunkerque, los alemanes orientaron la maniobra para empujar a los aliados sobre el mar; los rusos hicieron otro tanto cuando las líneas de los grandes ríos les permitía obstaculizar la retirada germana, etc.).

Particularmente, si se trata de batir fuerzas separadas o ejecutar maniobras sucesivas, la relación tiempo-espacio-velocidad, tendrá que permitir formar la masa, para lo cual el agrupamiento de fuerzas y la articulación del dispositivo deberán estar predispuestos a este fin. Luego, buscar la **separación de los núcleos adversarios**, interponiéndoles o empujando a éstos hacia un obstáculo —generalmente sobre la línea más recta— concentrar luego los esfuerzos y aplicar el principal, conducirán al corolario de la maniobra: Federico entre Turingia y Silesia; Moltke en 1870, entre Metz y Sedán; en la 2ª Guerra Mundial, los alemanes en Polonia, Francia y Rusia; los rusos en Stalingrado sobre el 6º Ejército Alemán, etc.

En la época napoleónica, Marengo, Ulm y Jena forman los ejemplos clásicos de la maniobra por línea interior. Napoleón, frente a

(1) La Flexibilidad es también función del dispositivo.

las lentas reuniones y pesados movimientos de sus adversarios, logró, gracias a la **rapidez** de movimientos exactamente calculados, asestar el golpe en Ulm y en Jena, **antes de que sus adversarios aliados se hubieran reunido**; viendo amenazadas sus comunicaciones aguas abajo del Main y con el peligro de ser arrojado sobre el Erz-Gebirge, articuló su dispositivo, en forma de confrontar cualquier eventualidad. Este procedimiento, aplicado ya por los adversarios del Emperador, quedó demostrado en el otoño de 1813, cuando varios ejércitos que marchaban separados, lograron reunirse en el campo de batalla, decidiendo la suerte de Napoleón en Leipzig, de la misma manera que dos años más tarde en Waterloo.

Sin embargo, fue Napoleón quien demostró aquello que había de ser norma en las operaciones del futuro: el concepto de la maniobra en tiempo y espacio, aplicado ya anteriormente y desde la antigüedad. Empero, nadie supo ejecutar, como en la estrategia napoleónica, el coordinado movimiento de fuerzas en el espacio, razón fundamental de los asombrosos triunfos del Emperador, quien en su época estableció casi matemáticamente las posibilidades de sus fuerzas en razón a los medios disponibles. Hoy, la aviación, motorización y mecanización, han elevado considerablemente los límites de la maniobra en una velocidad directamente proporcional a la capacidad de esos medios; con ello, la relación tiempo y espacio de los movimientos, por la velocidad, ha debido reducirse a sus menores límites, a pesar de la creciente extensión de los teatros de operaciones.

La flexibilidad y elasticidad, si bien derivan de la estructura de las fuerzas (2), están condicionadas en algún grado al terreno y los obstáculos; es pues en relación a éstos, en que ha de encontrarse la maniobrabilidad, difícil de obtener enteramente, a pesar del adelanto técnico de los medios, mientras éstos no hayan vencido la **capacidad de desplazamiento a campo traviesa**. Y a esta dificultad, hay que agregar aquella otra que sobresale en las operaciones modernas: **la destrucción en gran escala**, resultado de las armas de insospechado poder explosivo y que han venido a crear serias limitaciones en la articulación del tradicional sistema de fuerzas para formar la masa.

(2) Debe entenderse por estructura de las fuerzas no sólo la naturaleza de las mismas, sino también la configuración del dispositivo.

No sin razón, alguien predijo —queriendo significar que las enseñanzas no han de tomarse al pie de la letra sin examinar las nuevas condiciones creadas— que aquellas causas del triunfo en una contienda, aplicadas exactamente, bien pueden significar en un nuevo conflicto los factores de la derrota.

IV. — EL SISTEMA DE FUERZAS EN ACCION: Centro de gravedad y Esfuerzo principal. Conjugación y concentración de esfuerzos.

El Centro de gravedad de un dispositivo, resulta de la repartición y dosificación de las fuerzas, generalmente orientadas en la dirección o direcciones previstas o susceptibles de aplicar el principal esfuerzo. Es por esto que, siendo interdependientes, este último resulta una consecuencia del primero y se fisionomiza mejor en su aplicación misma: el desplazamiento de un centro de gravedad, lleva en sí en potencia, aquella capacidad o fuerza de poder resolutivo que ha de ser aplicada en el preciso momento en la dirección decisiva.

El Centro de gravedad podrá estar articulado:

- Formando una masa orientada hacia el principal esfuerzo;
- por núcleos distribuidos y predispuestos hacia dos o más direcciones conjugadas en tiempo y espacio;
- por agrupaciones, aparentemente descentralizadas, pero coordinadas en razón a su capacidad de movimiento, orientadas conforme a la idea operativa.

En la Ofensiva como en la Defensiva, la dislocación de las Reservas, guarda estricta relación con el Centro de gravedad; luego, las direcciones de su empleo previsible responden a la necesidad de aplicación del esfuerzo principal; en la defensa, para parar los golpes del adversario y con una capacidad de movimiento que les permita concurrir hacia cualquier dirección imprevista.

La Concentración de esfuerzos —en el Centro de gravedad— no es sino la resultante para llevar a término el Esfuerzo principal. No se refiere solamente a la concentración del fuego, sino que es aplicado a todas las formas de la actividad combativa, particularmente en la maniobra envolvente.

Si la articulación del dispositivo —en la concentración y despliegue estratégico y operativo— posibilita formar la masa, allí donde conforme a los planes mejor aconseje la situación, se habrá logrado una disposición favorable, sea en la Ofensiva o en la Defensiva. Empero, esta dislocación habrá de ser **tanto más flexible, cuanto se tenga mayor incertidumbre acerca de las verdaderas intenciones o reacciones del adversario.**

Los peligros que entraña este despliegue pueden resumirse así:

- Que para lograr un mayor grado de prontitud de las fuerzas, la concentración, al ser voluminosa, las exponga a una eventual y prematura liquidación, por una acción sorpresiva particularmente del arma aérea, usando bombardeos de alto poder destructivo.
- Que por el contrario, para prevenir lo último, se pueda llegar aun sin quererlo a una dispersión de las fuerzas, situación que ocasionaría a su vez la destrucción parcial de los núcleos o la dificultad de su maniobra y movimiento para concurrir oportunamente hacia el lugar de la gravitación principal; dificultad también previsible, por efecto de la rápida acción aérea sobre las vías de acceso y las tropas mismas. (Recordar la situación alemana en los primeros días de Caen).

El **desplazamiento del Centro de gravedad** estará en razón a las posibilidades de la articulación, particularmente a su grado de flexibilidad y consecuente maniobrabilidad de las fuerzas. Este desplazamiento, empero, difícilmente será ejecutable en la dirección o direcciones que no hubieren sido previstas con anterioridad al despliegue.

V. — ENVOLVIMIENTO Y RUPTURA: Acción frontal. Flanco, Flancos y Retaguardia.

Si bien estas formas de la acción pertenecen a la batalla misma, la maniobra, en su desarrollo, refleja sus características en el marco estratégico, operativo y táctico. No examinaremos estos tradicionales y conocidos procedimientos, sino respecto a determinadas particularidades.

El envolvimiento siempre fue preferido, en razón de sus posibilidades de rendimiento y efectos resolutivos. Las operaciones que conducen a la acción frontal y la ruptura, fueron casi siempre obligadas por las circunstancias, por el despliegue adversario o las dificultades materiales; empero, la ruptura frecuentemente se orientó buscando abrir espacio a la maniobra que ulteriormente conduciría al envolvimiento: así ocurrió en la penetración alemana en Sedán, mayo de 1940, en el avance aliado desde Normandía y en la mayoría de las operaciones últimas.

El envolvimiento por uno o ambos flancos, estará en función a la situación, al despliegue adversario y particularmente a las propias disponibilidades en medios; si éstos no son suficientes, el doble envolvimiento resultaría costoso, arriesgado y sin mayores perspectivas de completar la operación exitosamente.

En Cannas como en Tannenberg, tácticamente, para llegar al envolvimiento, previamente se habían de quebrar los flancos enemigos; luego sobrevino el ataque sobre las espaldas —como aconteció— y que generalmente conduce a la derrota del defensor.

El envolvimiento operativo —por su magnitud— difiere de aquel meramente táctico: Ulm y Jena en el período napoleónico, como el avance aliado de Normandía al Rhin en la 2ª Guerra, fueron envolvimientos operativos simples sobre uno de los flancos adversarios.

Las modernas operaciones, en mayor grado que las antiguas, han de orientarse al envolvimiento, en un radio mayor y a una profundidad que permita el transporte aéreo de tropas destinadas al ataque de la retaguardia y captura de puntos sensibles en la línea de retirada del enemigo. El grado de destrucción, permitirá lograr de nuevo el **aniquilamiento, más por el efecto destructivo de las armas** que por resultado de la batalla misma, cual acontecía en el pasado; circunstancia que, a su vez, imposibilitará también las reacciones adversarias o la libertad de maniobra del atacante, según quien pueda disponer de medios y armas de mayor calidad y cantidad (Motorizados, Mecanizados y Aviación dotados de armamento con alto poder de fuego y destrucción, cuanto de velocidad y autonomía).

VI. — LINEAS INTERIORES Y EXTERIORES: Agrupamiento de fuerzas. Reunión y dispersión de los Grupos de fuerza propios. Separa-

ción y aislamiento de los núcleos adversarios. Valor de la superioridad numérica.

En la antigüedad, Claudio Nerón, dejando débiles fuerzas para vigilancia, abandonó al ejército de Aníbal que amenazaba Roma, trayendo el resto de sus fuerzas a la Marca, hacia el otro Cónsul, para junto a él, combatir contra Asdrúbal, antes de que éste se reuniese con Aníbal, caso de que los cartagineses habrían resultado manifiestamente superiores. Esta audaz y peligrosa resolución, dejó a Roma a merced del enemigo más próximo, hasta que tuvo noticias de la derrota de Asdrúbal; luego Claudio marchó a gran velocidad para enfrentar de nuevo a Aníbal.

No existiendo en la antigüedad los perfeccionados medios de información de que hoy se dispone, la sorpresa resultaba más factible. Siendo también desconocidos los modernos transportes, la maniobra debió cumplirse a una velocidad increíble para la época; considerando la capacidad de movimiento por entonces disponible y a pesar de la distancia, resulta admirable cómo fue posible batir sucesivamente a núcleos separados. Estos tampoco disponían de posibilidades para un rápido desplazamiento de contramaniobra; en esas condiciones, el éxito era confiado en mayor grado a la **iniciativa**, al **secreto** y **actividad del mando** cuanto al **rendimiento** de las tropas.

La maniobra por líneas interiores busca particularmente:

- Compensar la propia inferioridad numérica por la máxima explotación de los medios disponibles.
- Batir al adversario más peligroso o aquel cuya eliminación ha de posibilitar alcanzar el próximo objetivo.
- Reunir las propias fuerzas a tiempo de dividir las del adversario.

Este tipo de operaciones requiere:

- Disponer de fuerzas móviles y maniobreras.
- Neutralizar el núcleo o núcleos que pudieran intervenir, antes de que la acción inicial hubiera sido completada.
- Explotar los recursos naturales y accionar los propios medios para impedir la libertad de acción y movimientos adversarios.

- Conservar la iniciativa y propia libertad de acción permanentemente.
- Velocidad, rapidez y actividad constantes del mando y las fuerzas.

Napoleón, verdadero maestro en este tipo de maniobra, en 1813 debió confrontar a sus adversarios aliados usando el mismo procedimiento: éstos, en varios núcleos separados, lograron unirse en el campo de batalla, sin que el Emperador hubiera podido impedirlo, lo que determinaría la situación de Leipzig.

Los aliados no obtuvieron resultados más positivos de su excelente situación, ya que bien pudieron cortar las comunicaciones de Napoleón desde dos direcciones y producir una batalla de frente invertido tipo Marengo con papeles inversos. En vez de efectuar la concentración en las espaldas del adversario —caso que habría conducido a un envolvimiento completo— realizaron su reunión en el frente E. dejando consiguientemente libre a Napoleón la vía hacia el Saale. Las acciones previas de Bülow al S. de Berlín; el ataque de Blücher en el Katzbach y su desplazamiento de Bautzen a la derecha, junto al éxito de York en Wartemburg, proporcionaron todas las condiciones para dar una batalla de aniquilamiento, condiciones que no supieron ser explotadas debidamente. La marcha del Ejército de Silesia con Blücher y Gneisenau, desde el Katzbach, por Bautzen-Wartemburg hacia Leipzig, al igual que los grandes movimientos de Napoleón en Ulm y Jena, se proponían alcanzar como objetivo final el flanco y retaguardia del adversario. Napoleón mantenía sus grupos de fuerzas en Berlín, Silesia y Bohemia Septentrional, situación que le obligaba a recurrir a su acostumbrado procedimiento de línea interior; sin embargo, se mantuvo inmóvil en medio de tres adversarios, probablemente para mantener sus fuerzas en condiciones de asestar golpes por sorpresa, allí donde la situación mejor lo exigiera; pero al adoptar este dispositivo diseminó sus fuerzas y sin dominar las dificultades, no pudo como otras veces maniobrar acertadamente: allí donde lanzaba su estocada, los aliados sustrayéndose le hacían el quite y a pesar de su éxito en Dresden, Napoleón tenía a sus adversarios en tres direcciones distintas, quienes habiendo aprendido el juego, lo empleaban ahora contra el maestro.

Cuando el cerco amenazaba completarse en Leipzig, la única solución para el Emperador consistía en interponerse entre ambos grupos enemigos, para, defendiéndose contra uno de ellos, batir al otro. Después de intentarlo así y al no tener éxito, pudo Napoleón, sin embargo, por error de los aliados, emprender la retirada con 150.000 hombres, de los que llegarían apenas 60.000 a Francia, cruzando el Rin.

Belle Alliance (Waterloo) 1815, manifestó aquello que no pudo ocurrir en Marengo ni Leipzig: el fracaso de la operación por líneas interiores, cuando no han podido cumplirse las condiciones que ésta exige y sobreviene, particularmente en momentos de crisis, coordinando movimientos, la unión de fuerzas adversarias separadas.

Ambos grupos de fuerzas de la Coalición, tenían líneas de comunicación divergentes; Napoleón quiso interponerse entre ambos para batir primero a Blücher, considerado más peligroso, y luego a Wellington. El Emperador era inferior en el conjunto (125.000 hombres contra 117.000 de Blücher y 95.000 de Wellington). Sin embargo, su posición central y la división de los aliados le eran favorables; aún más, al retirarse Blücher hacia el E. habría aumentado el espacio que le separaban de los ingleses, facilitando ser batidos por partes (la distancia estaría en razón a las posibilidades operativas). Blücher, para evitar esto, aceptó la batalla en Ligny, donde si bien Napoleón logró un éxito táctico, abandonó su objetivo operativo: los prusianos se retiraron en la dirección más conveniente para unirse a los ingleses (Wavré) y el Emperador no pudo impedirlo, actuando en la dirección que separaba a ambos, sino hacia el flanco E. de Blücher, misión infructuosa a cargo de Grouchy, la misma que luego, en el momento decisivo, restaría una importante fuerza para la acción principal.

Estas otras circunstancias, fueron también determinantes para el desenlace de Waterloo:

—Napoleón no logró penetrar como una cuña entre sus adversarios y si bien en el ataque mismo, en Belle Alliance, los franceses trataban de interceptar el camino a Bruselas para oponerse a Blücher llevando el centro de gravedad en su ala derecha, no pudieron impedir la acción de éste

- que resultó decisiva— sobre el flanco derecho del Emperador, para ulteriormente amenazar y cortar sus comunicaciones hacia Placenoit, en momentos en que la defensa en Waterloo parecía quebrarse.
- No habiendo sido neutralizado efectivamente, menos batido uno de los grupos de fuerzas, había de enfrentarlos reunidos, consiguientemente superiores, realizando un movimiento concéntrico, con libertad de acción, de la cual no habían sido privados en una victoria inicial que no fue decisiva.
- El factor tiempo, decisivo en estas operaciones, ya no pudo ser explotado a favor, desde que el Emperador había de actuar con libertad e iniciativa restringidas, consecuencia también de la primera etapa de la maniobra.
- A la típica maniobra napoleónica, los aliados aplicaron la mejor contramedida: el envolvimiento convergente, buscando la reunión de las fuerzas, empresa difícil pocas veces lograda.

Metz-Sedán, en 1870, constituyen otro ejemplo, aunque esta vez la inactividad y conducta de las agrupaciones francesas, favorecieron la maniobra de Moltke: Bazaine y Mc. Mahon, en vez de tratar de unirse como los prusianos e ingleses en Waterloo, se mantuvieron separados, facilitando así ser batidos individualmente.

Bazaine, al mantenerse inactivo, tampoco pensó en una rápida retirada hacia Verdún antes de ser fijado en Metz. Las luchas del 14, 16 y 18 de agosto, fueron acciones tácticas frontales; en Vionville, las comunicaciones de retaguardia ya peligraban y en Gravelotte, en la batalla con frente invertido, los franceses habían olvidado casi completamente sus comunicaciones.

Cuando el 30 de agosto el ala derecha de Mc. Mahon fue atacada desde el S. cerca de Beaumont y empujada hacia el N., la continuación del avance hacia el E. para liberar a Bazaine resultó ya impracticable; luego Mc. Mahon se replegó a Sedán. Cercado aquí éste, fracasados sus intentos y sin esperanzas, provocó la capitulación de Napoleón III con 83.000 hombres, circunstancia que dejaba libre el camino a París.

Bazaine, en los combates alrededor de Metz, no consideró tampoco la situación estratégica de conjunto, cuando bien pudo poner a los prusianos en grave riesgo, evitando ser encerrado en la fortaleza, donde había de capitular con 173.000 hombres, el 27 de octubre. Habiendo sido en el primer momento fijado por los prusianos, éstos pudieron disponer de la necesaria libertad de acción para batir a Mc. Mahon en Sedán, volcando luego sus esfuerzos sobre Metz.

En la 1ª Guerra Mundial —en el marco operativo— Tannenberg, 1914, y la Batalla de Invierno en Masuria, 1915, fueron el resultado de maniobras conducidas desde la línea interior, frente a una abrumadora superioridad numérica. Lúddendorf-Hindenburg acertaron al elegir el único procedimiento adecuado a las circunstancias: a riesgo de la seguridad y conforme al sistema napoleónico, batir por partes a ambas masas adversarias.

Los mismos factores que para los franceses determinaron los desastres de 1870, actuaron esta vez en la conducción de los rusos: la inactividad del ejército del Niemen y su equívoca dirección de avance hacia Königsberg, permitió a los alemanes batir al ejército del Narew en un breve y valioso tiempo que no supo aprovechar Rennenkampf, quien de haber actuado en auxilio del ejército vecino, pudo quizás producir un nuevo Waterloo. Con esto en la mente, el mando alemán —tan pronto como le fue posible— adoptó disposiciones para oponerse a un eventual ataque desde el N., el mismo que aparte de choques de vanguardia, efectivamente no existió.

Tannenberg fue de efectos decisivos, tanto como Cannas y Sedán; maniobras cumplidas sin una efectiva amenaza en la retaguardia cual aconteció en Tannenberg, cuyo éxito fue alcanzado en circunstancias operativas mucho más difíciles y sin contar tampoco con la superioridad numérica disponible por Moltke en 1870 (92.000 rusos depusieron las armas, en circunstancias parecidas al rodeo de Kiev, 2ª. Guerra Mundial, en que la cifra de bajas soviéticas se acercó al millón).

Una vez disponibles las fuerzas del S., el 2o. tiempo de la maniobra, pudo cumplirse en la Masuria, en el invierno de 1915; acción como Tannenberg, cuyo planeo y ejecución desembocaría en otra batalla de aniquilamiento, con la eliminación del X Ejército Ruso y la

captura de 110.000 prisioneros. Sin embargo, a pesar de este éxito táctico, la conducción alemana no pudo cumplir una efectiva explotación operativa, particularmente por necesidades de protección de su propio dispositivo, manifiestamente débil en el flanco derecho de Thorn a Ossowiez.

El éxito de estas maniobras, determinó que los rusos renunciaran a su ofensiva en los Cárpatos y la recaptura de la Prusia Oriental, desplazando su centro de gravedad al ala S. para irrumpir en Hungría, a tiempo de cumplir objetivos limitados en su contraofensiva al E. del Vístula.

En la 2ª Guerra Mundial, su posición central y la situación de conjunto, la necesidad de maniobrar las fuerzas en tiempo y espacio **buscando la superioridad, sobre todo por la rapidez** (Blitzkrieg) -antes de que los aliados pudieran movilizar sus ingentes recursos- determinó que Alemania adoptara este tipo de maniobra -líneas interiores- en gran escala, en el marco operativo y estratégico; criterio con que fueron cumplidas sus operaciones sobre el Oeste, el Este y de nuevo el Este (contra Rusia), sucesivamente.

Y en el marco operativo, los dos tiempos de la operación germana sobre Francia, de tipo napoleónico, fue una maniobra de óptimos resultados. También aplicaron el procedimiento de línea interior en las operaciones sobre el Frente Central, Norte y Sur en Rusia.

La maniobra por líneas exteriores —de la periferia al centro— en realidad constituye la contramedida, que en lo operativo o estratégico se aplica para enfrentar a un adversario que opera por la línea interior: la maniobra concéntrica de las fuerzas, generalmente separadas y que, conjugando sus esfuerzos, eluden ser batidas parcialmente para eliminar a la masa adversaria antes de que pueda realizar movimientos sucesivos.

Los alemanes -considerada una operación parcial- emplearon este sistema en Polonia, donde la situación permitía realizar un apretón de tenaza desde las profundas salientes del propio dispositivo. Los aliados, a su vez en mayor escala, hicieron lo mismo desde Normandía, en su ulterior avance hacia el Rin y corazón de Alemania, amplio movimiento que completado por el avance soviético desde el E. sobre el Elba y Oder constituyó una maniobra de envergadura por

líneas exteriores, la misma que había de cerrarse concluyendo con la capitulación germana.

El movimiento concéntrico de los aliados sobre Leipzig en 1813; el de los adversarios de Napoleón en 1815, antes mencionado; Koenigrätz en 1866, etc., fueron operaciones cumplidas desde la línea exterior -medio el más expeditivo- para contrarrestar la peligrosa maniobra de línea interior. En ésta, si bien los criterios operativos fueron empleados en casi todos los tiempos, fue Napoleón quien pudo evidenciarlos, dejando establecidas interesantes normas de permanente actualidad. Traducidas, significarían:

- Con los efectivos indispensables, vigilar el frente o las fuerzas que se trata de neutralizar o retardar, entretanto se pueda lanzar la masa sobre el adversario principal, el más peligroso o aquel elegido para batir en primer tiempo.
- Reunir las fuerzas propias a tiempo que el enemigo no pueda hacerlo con las suyas; esto al menos en tiempo oportuno.
- Buscar la superioridad por el mejor despliegue, por la rapidez de la maniobra de las fuerzas, que ha de procurar la economía y la masa.

En ambos tipos principales de maniobra: línea interior o exterior, las condiciones del éxito radicarán, indudablemente, en la presencia de los factores y condiciones que cada una exige; luego, sin dejar de lado la experiencia histórica, en la juiciosa aplicación de los principios y normas adecuados a la situación planteada.

VII. — PLANES: Decisión. Irresolución e inactividad del mando.

No hay duda que los planes reflejan la eficiencia y capacidad del mando: allí han de condensarse una serie de previsiones y todo cuanto la conducción militar precisa establecer para una situación concreta. Traducen también el mayor o menor grado temperamental de la propia doctrina, la resolución, ritmo y definición que se quiere dar a las operaciones. Su ejecución manifiesta a su vez el vigor, decisión y actividad en la conducción.

Veamos ahora, comparativamente, algunos rasgos principales de los conocidos planes alemanes para sus campañas contra Francia, en 1870, 1914 y 1940:

En 1870, Molke buscaba batir por partes a las agrupaciones adversarias en el triángulo Metz-Reims-Sedán. Para ello, una conversión desde el S. permitiría interponerse entre los dos grupos de fuerzas francesas; en primer tiempo, destinada a ganar el flanco S. y espaldas de Metz. Entre esta plaza y Reims, los prusianos habían de desplazar su masa, para mantener constantemente separados a Mc. Mahon y Bazaine, situación que les permitiría ulteriormente aislar a Metz y continuar su desplazamiento hacia el N. destinado a interceptar los movimientos de Mc. Mahon en su avance sobre Vouzières-Rethel. Moltke estaría en condiciones de maniobrar entre el Mosa y el Orne, es decir, en la dirección que separaba a sus dos adversarios.

Liquidadas estas fuerzas, podría iniciarse la operación sobre París, empresa que resultaría más expeditiva, una vez eliminadas las principales resistencias en el E. Finalmente, en la última fase, Moltke consideró la necesidad de empujar sobre Suiza a los restos del Ejército Francés.

Si bien —a decir del mismo Moltke— la planificación, en sus previsiones y proyecciones, no puede abarcar más allá del primer encuentro formal con el adversario, esto no significa que las grandes líneas operativas, es decir, la idea conjunta de maniobra, no deba ser prevista de antemano, considerando también las eventualidades que el curso de las operaciones pudiera provocar, lo que inducirá a nuevas previsiones, para en un momento dado poder conformar el dispositivo para confrontar acciones circunstanciales.

El Plan Schlieffen —sobradamente conocido— disponía para el ala meridional solamente 1/7 de las fuerzas. Los otros 6/7 habían de integrar el ala de ataque. De este modo, estaba previsto poder alimentar el esfuerzo en el centro de gravedad y poder enfrentar siempre al adversario en la dirección decisiva, con manifiesta superioridad; criterio, el mismo, que utilizó Napoleón en Marengo, Ulm y Jena, Moltke en Sedán y ya antes evidenciado por Federico en Leuthen, Torgau y Zorndorf.

En 1914, para la cobertura del frente Alsacia - Lorena, el segundo Moltke, no dispuso 1/7 de sus efectivos, sino que dándole una mayor importancia le asignó 1/3; consiguientemente, la concentración y repartición de fuerzas fueron distintas.

El ala mantenida débil, según Schlieffen, había de eludir la lucha y si era atacada podía ceder a una nueva línea entre Metz-Nied-Saar. Si los franceses avanzaban en esta dirección, lo harían hacia una entrante, favoreciendo aún más la maniobra principal del ala más fuerte, que luego de efectuar un envolvimiento profundo contra el flanco y espalda del adversario —una maniobra de rodeo en la máxima escala— cumplido el cerco completo del enemigo, terminaría dando una gran batalla de aniquilamiento con frente invertido. Las fuerzas francesas, desplegadas con frente al Rhin, al ser amenazadas en su retaguardia por el martillo que rodeaba a París por el O., habrían de dar frente hacia la capital.

La situación que condujo al Marne en 1914 y las consecuencias de esta batalla, fueron el resultado natural de que el Plan Schlieffen hubiera sido seriamente contrariado. Las resoluciones del Alto Mando Alemán, continuaron debilitando aún más la idea inicial, guía fundamental del plan: el ataque sobre el frente fortificado del Mosela, entre Toul y Epinal, **había demandado fuerzas en una dirección no decisiva**, a expensas del ala derecha. Los franceses pudieron transportar fuerzas desde allí a París, favorecidos por la protección de las fortificaciones y el dispositivo; luego, el envío de los dos Cuerpos al frente ruso, el 27 de agosto, 2 y 4 de septiembre, debilitarían aún más el Frente O.

La orden de persecución al VI. Ejército, después de la Batalla de Lorena, fue otro de los errores que vulneraron las bases antes establecidas, y en el resultado del Marne, la **desviación del pensamiento operativo** —emergente de las disposiciones adoptadas— condujo también a las acciones del I. y II. Ejércitos; el claro entre ambos no pudo ser cubierto sino precariamente y sobrevino el conocido desenlace, que gravitaría hasta 1918.

Las acciones en el marco táctico, suelen influir en las consecuencias operativas. Empero, no hay que olvidar que las primeras —como en el Marne— son generalmente el resultado de una seria contradicción de los planes operativos y aún estratégicos establecidos, cuya eficiencia ha sido meditada de antemano. Los errores tácticos pueden afectar la situación conjunta, pero es mucho más evidente que si lo

estratégico y operativo son bien conducidos, las fallas de orden táctico pueden superarse, limitando al mínimo su influencia de conjunto.

En la 2ª Guerra Mundial, para su ofensiva en el Oeste, los alemanes no aplicaron el mismo Plan Schlieffen; las condiciones habían cambiado y particularmente, de haberlo hecho, no habría sido posible sin vulnerar el principio esencial de la sorpresa.

El plan aplicado en 1940, se dice, fue sugerido por el Mariscal v. Mannstein, al menos respecto a la variante del ataque principal a Sedán por las Ardennas. Sin embargo, las grandes líneas operativas del referido plan, parecen considerar las principales ideas directrices de Moltke el viejo y Schlieffen, por supuesto adaptadas a la época y las circunstancias.

Schlieffen, eludiendo el ataque en el frente fortificado Verdún-Belfort, buscaba irrumpir en el frente más débil del N. E. (Dunkerque-Lille-Maubeuge-Mezières) la misma zona que en 1940 sirvió para el desplazamiento de las fuerzas principales.

El Plan Schlieffen consideraba una débil ala izquierda al E. del Mosela, Alsacia-Lorena y una fuerte ala derecha al N. del grupo fortificado Metz-Diedenhoffen, que al prolongarse hacia el N. se hacía cada vez más fuerte y densa, la misma que en su conversión debía ir tomando progresivamente el frente hacia el S. manteniendo siempre el centro de gravedad en la extrema derecha.

En Mayo de 1940, el ala izquierda también fue considerada secundaria para fijar al adversario en el primer tiempo de la maniobra; luego:

- El centro de gravedad y consiguiente esfuerzo principal no se encontraban en la extrema derecha, sino al centro.
- Efectuada la irrupción, la conversión debía realizarse hacia el N. en sentido inverso a la dirección señalada por Schlieffen.
- El eje de conversión no es el mismo, aunque en ambos planes gravitaba en la misma dirección: Schlieffen consideraba la zona de Metz y en 1940 resultó más al N. entre Montmedy-Sedán-Mezières.
- El 2º tiempo de la maniobra, hasta la frontera de Suiza,

no acusa mayores diferencias en los dos planes, aunque existen variantes respecto al radio del movimiento hacia el O. En la 2ª Guerra Mundial, los alemanes buscaron proteger su dispositivo en la costa del Mar del Norte, progresivamente a su ulterior penetración hacia los linderos suizos.

Si en 1940 los aliados llegaron a suponer una repetición del Plan Schlieffen, esto facilitó aún más los diseños del Mando Alemán; la marcha a Bélgica fue precisamente en dirección inconveniente, cuando la orientación del esfuerzo principal adversario podría —como sucedió— profundizar más a las espaldas de los aliados.

Respecto al despliegue y distribución de las fuerzas, los planes alemán y francés fueron distintos: mientras el Grupo de Ejércitos Central (v. Rundstedt) constituía una masa enorme, los franceses le opusieron un despliegue a cordón, diseminando sus medios, con la mente de una amplia protección que les privaba disponer de superioridad real en ningún sitio. (Numéricamente considerados, hoy se conoce que los efectivos totales franceses y alemanes no acusaban una gran desproporción).

Moltke, en 1870, desplazó su eje de operaciones al S. en la dirección Metz-Aisne-Reims-París; Inglaterra no intervenía por entonces, no habiendo motivo para considerar esta dirección más al N. Objetivo dominante fue batir por partes en la frontera a los dos núcleos adversarios principales, luego marchar a París por la dirección más corta.

Los tres planes referidos, al estilo napoleónico, consideran la liquidación de las principales fuerzas adversarias por medio de grandes batallas; sin embargo, en los hechos, esta idea parece más clara en 1870 y 1940, circunstancias en que cumplida con éxito la primera etapa de la maniobra, resultó más accesible el éxito de la segunda. Esto ocurrió en ambas oportunidades, no así en 1914, por los efectos del Marne.

Otro aspecto importante, considerado en el criterio operativo de los planes, se refiere a empujar al adversario sobre un obstáculo, de modo de imposibilitarle sus movimientos y privarle de recursos de mantenimiento y reabastecimiento: Napoleón ejecutó esto en varias

oportunidades y los planes alemanes para 1870, 1914 y 1940 coinciden en la necesidad de arrojar al adversario, en la etapa final, sobre los linderos suizos, obstáculo natural de consideración.

Finalmente, **todo plan debe ser elástico, pero sin contrariar la idea fundamental de maniobra.**

No es del caso examinar aquí los distintos planes para las principales acciones de los aliados en la 2ª Guerra Mundial: las operaciones del Mediterráneo; el desembarco y avance sobre Italia; la invasión de Normandía y avance al Rin; las contraofensivas y el avance final ruso sobre Alemania y los Balcanes, etc. Todas, fueron acciones de gran envergadura, cuya planificación pudo cumplirse en tiempo breve y generalmente al ritmo de las exigencias de la campaña.

VIII. — REFLEJOS DE LA DOCTRINA DE GUERRA: Valoración de la intención propia, respecto a los designios del adversario.

Algunas doctrinas supervaloran la intención propia o en su defecto aquella del enemigo; ambos extremismos no son recomendables y cuantas veces se evidenciaron, llevaron apareados serios contratiempos. Sin descartar ni omitir una seria consideración de los propósitos y previsibles reacciones del adversario, **en ningún caso deben perderse de vista las propias intenciones**, que llevan en sí la resolución de imponer la voluntad propia. Las contramedidas o aquello que el enemigo pueda hacer es importante, pero no determinante, cuando nuestra acción ha de privarle precisamente del uso de sus facultades y recursos, particularmente en tiempo y oportunidad favorables. Por lo demás, vale aquí lo ya referido en el apartado II, respecto a la seguridad y sorpresa.

Probablemente Napoleón constituyó el mayor de los genios militares que registran los tiempos modernos; pudo formar su doctrina allá por 1795, dándole un sello característico, que en lo operativo resultó de una constante aplicación hasta nuestros días.

El Emperador atribuía a la **Superioridad numérica** un valor muy importante; cuando debió verse contra fuerzas superiores, usó su conocido sistema de líneas interiores para batirlos en detalle. Aquí, como en la batalla misma, aunque fuese inferior en el conjunto, por sus acertadas disposiciones, resultaba siempre superior en el lugar y momen-

to decisivos. Luego, la Superioridad la buscaba a través de otros factores distintos: por la calidad, por las armas, por la sorpresa, etc.

En el Plan de Operaciones, Napoleón se **aseguraba la iniciativa por la elección de la dirección del esfuerzo principal**. Frente a las lentas reuniones y pesados movimientos de sus adversarios, logró gracias a la **rapidez** de movimientos exactamente calculados, asestar golpes como en Ulm y Jena, antes de que sus enemigos se hubieran reunido.

El movimiento de 1806, demostró una **mayor audacia**; frente a un enemigo de casi igual fuerza, logró mantener la reunión de su fuerza total para su **empeño conjunto en la dirección decisiva, contra la línea de retirada del adversario**. Aquí el Plan de Operaciones tiene una expresión más vigorosa de la idea operativa que en el Valle del Pó, donde diseminó sus fuerzas, o en la insuficiente protección de su flanco al N. de Ulm. La maniobra napoleónica se orientaba siempre de manera de **amenazar constantemente la línea de comunicaciones** del adversario, procedimiento también consecuente de la doctrina.

En general, muchos otros aspectos de la conducción operativa se hallan poderosamente influídos, mejor dicho son consecuencia de la doctrina:

- La instrucción táctica superior.
- La capacitación técnica de los cuadros.
- La iniciativa y personalidad del mando; su grado de visión.
- La resolución y actividad.
- El rápido análisis y apreciación de la situación.
- La psicología y moral de las tropas, etc.

Muchos de los éxitos de Napoleón se vieron facilitados por la esmerada instrucción de sus tropas. Su personalidad, no pocas veces sugestionó a jefes indecisos como Bernadotte y Schwarzenberg, en 1813, oportunidad en que, a pesar de mantener la iniciativa y las condiciones favorables creadas por los generales prusianos, estas circunstancias no fueron valorados debidamente por el Comando en Jefe Aliado.

Ya vimos de cómo la falta de iniciativa de Crouchy, le impidió cumplir su importante misión de perseguir a Blücher y haber restado en Waterloo un tercio de la fuerza de Napoleón.

La irresolución e inactividad de la conducción francesa en 1870, facilitó los designios de Moltke, período —a decir del Mariscal Foch— en el que Francia no disponía aún de una doctrina de guerra y había abandonado las enseñanzas de Napoleón, recogidas mejor por los prusianos.

La actividad del mando implica, también, la exigencia en esfuerzos y sacrificios de las tropas, justificables cuando la situación lo exige o cuando una derrota es posible transformarla en victoria a base de aquel sacrificio. Empero, si la instrucción táctica no ha sido adecuada, el rendimiento a esperar no podrá ser óptimo.

Cuando se oscila entre la victoria y la derrota, resulta imprescindible arriesgar algo. Una doctrina elástica, en el concepto de la seguridad, podrá crear esta condición o recurso del mando en determinadas circunstancias.

Las fuerzas espirituales y morales, han de jugar un papel siempre preponderante. Ellas obedecen al espíritu de la doctrina, de cuya eficaz orientación resultan también estas consecuencias:

- La eficiente conducción; **si ésta es inteligente**, suele reemplazar a la falta de medios, inferioridad de situación o numérica.
- El realismo y **rápida apreciación de una situación**, adoptando el temperamento más adecuado y **sin proseguir teóricamente planes hermosos pero impracticables**.
- La amplia visión del problema conjunto, que en los mandos superiores se traduce en una fina intuición, reflejo del conocimiento de la alta conducción y que ha de facilitar cumplir los objetivos fundamentales estratégicos y operativos sin caer en el riesgo de la derrota, aún después de obtener éxitos parciales de consideración, conforme ocurrió en el desenlace de la 2a. Guerra Mundial.

IX. — PROFUNDIDAD Y DIMENSION DE LA MANIOBRA: Vanguardia estratégica. Su empleo futuro. Nuevos medios, nuevos procedimientos.

En el período napoleónico —base de las anteriores consideraciones— hay que establecer particularmente que no se trataba de frentes continuos, sino Grupos de fuerzas, generalmente separadas, y que marchaban al encuentro el uno del otro.

En estas condiciones y considerando también la capacidad de las armas de entonces, la vanguardia estratégica tuvo su máximo empleo casi en todas las operaciones.

En 1870, Moltke le dio también a esta vanguardia un empleo preponderante y en la 1ª. Guerra Mundial, los Cuerpos de Caballería cumplieron esta función, aunque ya —particularmente en el Oeste— con una autonomía y profundidad más restringidas.

El incremento de las armas de fuego y la creciente extensión de los frentes, hicieron suponer que los grandes desplazamientos de fuerzas considerables quedarían imposibilitados o al menos limitados. Empero, la aparición de los blindados y progresivo empleo del arma aérea en profundas incursiones estratégicas y acciones de aerocooperación, devolvieron toda su potencia y libertad de movimiento a la maniobra a pesar de las líneas fortificadas y frentes continuos.

Así quedó evidenciado en la 2ª Guerra Mundial: las incursiones de los cuerpos mecanizados - autotransportados alemanes y aliados —como la penetración de Patton subsiguiente a Normandía—, las grandes operaciones aéreas y aerotransportadas, dieron a la maniobra una profundidad no vista hasta entonces.

Consiguientemente, es de suponer que en el futuro, la profundidad de los movimientos adquirirá límites proporcionales al rendimiento y autonomía de los modernos medios de lucha. La función de la antigua vanguardia estratégica, estará hoy a cargo de tropas eminentemente móviles, fuertemente apoyadas por la aviación. Luego:

- Las incursiones aéreas a gran distancia posibilitarán el rápido desplazamiento de masas terrestres.
- Las acciones de tropas aerotransportadas, asegurarán la captura de objetivos antes asignados a fuerzas terrestres.

—Tropas móviles podrán penetrar para completar la ocupación de la maniobra vertical y adoptar un dispositivo que permita para los golpes adversarios en tiempo oportuno, auxiliar a las fuerzas de desembarco aéreo y proteger la marcha de los gruesos.

Evidentemente, la maniobra tiende a volverse más compleja; impone una mayor consideración de los planes y empleo de las fuerzas, particularmente para la ya inseparable acción aeroterrestre. Las nuevas condiciones creadas y la evolución de los medios, han introducido nuevos y renovados procedimientos, que si bien conservan la tradicional esencia operativa, han debido actualizarse, de manera de lograr la superioridad en su moderna aplicación, eliminando la sorpresa de confrontar sistemas últimos, ante los cuales los propios resultarían superados.

CONCLUSIONES:

Los criterios tácticos y operativos que han de orientar la maniobra, traducen la verdadera mentalidad del mando en las disposiciones que adopta para enfrentar y vencer al adversario: el despliegue; los movimientos; las contramedidas y la serie de previsiones establecidas para resultar ventajosamente aprestado en la acción —y consiguientemente superior— serán consecuencia de la capacidad técnica, conocimiento del problema y cualidades intrínsecas de los Comandos, cuya planificación y conducción han de transmitirse a los subordinados.

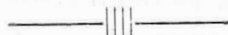
Si bien la Doctrina de Guerra contribuye a desarrollar estos criterios, no debe suponerse que ésta sea suficiente a los fines de una verdadera conducción, si están ausentes la agilidad mental, la visión e interpretación de las normas armónicamente a las circunstancias ni la personalidad del jefe, distinta en cada caso.

Los criterios generales que han de guiar la maniobra no podrán extraerse sino de los principios permanentes del arte de la guerra, valorados, asociados e interpretados juiciosamente, en razón a la época, a los nuevos medios y a las situaciones distintas, para lo cual nada será más útil que examinar los hechos históricos, donde, por

analogía, han de encontrarse aquellas normas cuyo cumplimiento u omisión determinaron éxitos o fracasos.

En las operaciones modernas, será aún más necesario establecer claramente aquellas normas básicas y fundamentos susceptibles de no visualizarse debidamente por la complejidad de la conducción actual, donde intervienen factores, medios y recursos antes desconocidos.

Finalmente, la maniobra constituye la síntesis aplicativa del arte de mandar. Consiguientemente, a las reacciones del enemigo, han de aplicarse contramedidas de antemano calculadas o rápidas soluciones, aunque imprevistas, pero que el momento y las circunstancias reclaman. Así, consecuente a la buena conducción, el dispositivo podrá mantenerse en condiciones de manifiesta ventaja operativa y las posibilidades del éxito serán mayores.



REVISTA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Año XXXIV :: ENERO - MARZO 1956 :: No. 320

Sumario

— TRABAJOS SOBRE LA CARTA. LOS JUEGOS DE GUERRA TACTICOS: ALGUNOS ASPECTOS SOBRE SU DESARROLLO. Por el General de Brigada Luis Rómulo Dóllera	5
— LOS COMANDOS DE ARTILLERIA EN EL MARCO DEL EJERCITO, CUERPO Y DIVISION. Por el Coronel Luis Leguizamón Martínez ..	11
— UN COMANDO DE ARMA QUE AUN NO POSEEMOS. Por el Coronel Juan Carlos Cordini	20
— UN PROBLEMA DE INSTRUCCION. Por el Coronel Miguel Angel Basail.	22
— CONDUCCION TACTICA GENERAL. (TEMA DESARROLLADO EN EL CURSO DE TENIENTES 1os. DE LA E.S.G., AÑO 1955). Por los Tenientes Coroneles Osiris Guillermo Villegas y Carlos Julio Mosquera.	26
— CRITERIOS TACTICOS Y OPERATIVOS. (Comprobación histórica). Por el Teniente Coronel Milton Delfin Cataldi, del Ejército de Bolivia	109

ANEXO RESERVADO

— CONDUCCION DE EJERCITO (EN SITUACIONES ESPECIALES). Por el Teniente General Benjamín Rattenbach	1 a 13
--	--------

La Dirección de la Revista deja a sus colaboradores la entera responsabilidad de las opiniones o juicios vertidos a cuyo fin, cuando no sean artículos de la Dirección, las colaboraciones aparecerán con el nombre del autor.